

autor) es un dato que ya denota, por sí solo, el haber sufrido una infancia bastante surrealista y una adolescencia en la que la propia fisiología propició sorpresas bastante estruendosas.

El libro se inicia según una fórmula que goza de una cierta tradición literaria. Atendiendo al servicio que requieren sus movimientos intestinales, el autor permite que su pasado infantil se le pasee según las imágenes de unos seres que, al parecer, dejaron constancia de sus inquietudes en unos ajados manuscritos. Se tiene así noticia y testimonio de los primeros escarceos eróticos, debidos más a curiosidad que a otra cosa, y de sus conclusiones, primerizas y algo desalentadoras; los ejercicios espirituales, la confirmación, las vacaciones en Zarauz (cosa que estaba muy bien vista), las primeras fascinaciones y el primer imperio de los mitos... Tales son las líneas maestras de la memoria de Cavestany en su propia persecución. Pero los matices con que el autor carga o descarga las tintas resultan reveladores, en principio, de un gran sentido del humor (de un humor que casi resulta «splin»), y en segundo lugar, de un talento que le puede animar a otros empeños literarios. Un libro como *Cangrejo en altamar* requiere de una cierta sutura, bastante cultura (aquello que proporciona sentido de las cosas y de la medida) y dotes, requisitos cuya superación queda de manifiesto en esta entrega que, por estar, está hasta bien titulada. ■ EDUARDO CHAMORRO.

## Otaola, un desconocido en el exilio

Simón Otaola —o mejor aún: Otaola a secas, como acostumbra a firmar— es un escritor casi absolutamente desconocido. Eugenio G. de Nora omite citarlo en su obra *La novela española contemporánea*. Y José R. Marra-López, autor del más completo estudio sobre nuestra novelística en el exilio (*Narrativa española fuera de España, 1939-1961*), se limita a reproducir con cierta profusión fragmentos de *La librería de Arana*, libro autobiográfico de Otaola, por el que desfilan las

imágenes entrañables de tantos y tantos escritores españoles que viven o vivieron la tragedia del destierro: León Felipe, Manuel Andújar, Adolfo Sánchez Vázquez, Max Aub, José Moreno Villa, José Ramón Arana, el propio Otaola...

Ahora, precedida por un prólogo de Marra-López, acaba de aparecer, con casi veinte años de retraso, la novela *Los tordos en el pirlul* (1). Otaola, nacido en Guipúzcoa en 1907 y residente en Madrid hasta el término de la guerra civil, ha abandonado en esta ocasión el tema literario del exilio —tema que recobrará diez años más tarde en *El cortejo* (México, 1963), una de las más admirables muestras de la narrativa española contemporánea— y se ha dedicado a ofrecernos la crónica, entre lírica y humorística, de un insignificante pueblecito mexicano: San Felipe Torresmochas.

«¿Radical cambio de dirección? —se pregunta Marra-López en el prólogo—. Lo parece, pero no lo es. Simplemente, el escritor transterrado, después de narrar con fidelidad sus Memorias sobre él y los otros como él, dirige su mirada alrededor y queda prendado de lo que ve». Esta facultad de asimilar las formas y el contenido del mundo exterior proviene —según Marra-López— «de una peculiar actitud del escritor español», tesis, a mi entender, más que discutible, pues lo que ha caracterizado precisamente al escritor español en el exilio ha sido su incapacidad para integrarse en otros esquemas sociales y culturales. El caso de Max Aub, literato cosmopolita hasta la médula, constituiría una rara excepción (recuérdese, a título de ejemplo, el prodigioso mimetismo lingüístico de que hacía gala en *El zoplote y otros cuentos mexicanos*). Otaola, aunque se dedica en esta ocasión a describir la vida y las costumbres de un pueblo mexicano, lo hace desde una perspectiva ajena a las raíces vitales del objeto descrito y, sobre todo —y en esto coincide con Marra-López—, mediante el empleo de unos procedimientos estilísticos que recuerdan vivamente la pro-

sa de aquel gran acróbata de las letras llamado Ramón Gómez de la Serna.

No cabe duda de que *Los tordos en el pirlul* es, pese a su importancia objetiva para el lector español de nuestros días, una obra de tono menor en el conjunto creador de Otaola. Por razones más o menos obvias, ni *La librería de Arana* ni *El cortejo* han gozado de una difusión regular en nuestro país. En tal caso, la lectura de *Los tordos en el pirlul* puede servirnos por lo menos para ponernos en contacto con un escritor arrinconado en los olvidos del exilio. ■ S. R. SAN-TERBAS.

## Borges, el poeta

«Creo que no soy más que eso —ha afirmado alguna vez Jorge Luis Borges—. Un poeta torpe, pero un poeta, espero». Deslumbrado por la perfección, la inteligencia y la sutileza de una prosa sin posible parangón en la actual literatura hispanoamericana, el lector común ha olvidado al poeta Borges. Para ese lector de buena fe, Borges es, ante todo, el autor de *El Aleph*, de la *Historia universal de la in-*

famla y de *Ficciones*. Y, si por casualidad, se ha topado con los versos del *Cuadernos San Martín* o del *Elogio de la sombra*, no ha podido quizá evitar un ramalazo de decepción ante unos poemas aparentemente simples, formalmente austeros, casi pobres, desvinculados por completo de la verborrea musical de un Neruda o de los extraordinarios juegos idiomáticos de un Oliviero Girondo. La poesía de Jorge Luis Borges es —según José Olivio Jiménez— «una poesía del nombrar, cada vez más escueto, más despojado y auténtico. De ahí el inevitable apoyo en un lenguaje hablado, donde la sencillez deviene ya austeridad y pobreza, sostenido en unas pocas pero permanentes metáforas».

El joven escritor y crítico argentino Marcos Ricardo Barnatán ha publicado recientemente, en una nueva colección de monografías dedicadas al estudio de célebres poetas, un breve pero documentado e inteligente ensayo sobre Jorge Luis Borges (1). Marcos Ricardo Barnatán, nacido en Buenos Aires en 1946, descendiente

(1) Marcos Ricardo Barnatán: *Jorge Luis Borges*. Ediciones Júcar. Colección Los Poetas. Madrid, 1972.

de una familia judía de origen hispano-sirio, licenciado en Filosofía y Letras y residente en Madrid desde hace siete años, es autor de tres libros de poemas —*Acerca de los viajes*, *Los pasos perdidos* y *El libro del Talismán*—, de una *Antología de la «Beat Generation»* y de la novela *El laberinto de Slón*.

Su libro sobre Jorge Luis Borges rebasa, por así decirlo, el mero carácter analítico y se muestra como un inevitable manual de devoción borgeana. Ya se ha dicho en más de una ocasión que es difícil mantener ante Borges una posición neutral. A Borges se le admira o se le repudia, o —lo que es aún más significativo— se le admira y repudia al mismo tiempo. Hay quienes consideran que Borges es tan excelente escritor como vituperable «zoos politikon»; el hecho de que en cierta ocasión dedicara un poema a la Revolución rusa y de que más tarde fuese víctima del peronismo, no obsta para tener en cuenta que, por encima de todo, Borges ha sido un «monstruo de su laberinto», un intelectual replegado sobre sí mismo, un secuz de sus propias mitologías. No hay intención peyorativa en estos juicios, aunque pueda parecer lo contrario. Los caminos de Borges son diferentes a los de la mayoría de los poetas; la expresión, en Borges, se llama «cultura»: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído».

Cuando el libro sea para todos los hombres tan necesario como el pan, el aire o el agua, ese día será Jorge Luis Borges un poeta universal. ■ S. R. S.

## Biografías obreras (1868-1921)

Entre 1927 y 1929 publicó el viejo escritor socialista Juan José Morato, en el diario madrileño *La Libertad*, una larga serie de biografías de dirigentes proletarios bajo el epígrafe común de «Los redentores del obrero». Escritas con finalidad didáctica y con el habitual tono moralizador de las producciones suscritas por los seguidores de Pablo Iglesias, las biografías mezclaban datos ya conocidos de los clásicos del movimiento



Jorge Luis Borges.

(1) Otaola: «Los tordos en el pirlul». Prólogo de José R. Marra-López. Editorial Andorra, S. L. Barcelona, 1972.